

Dilemas de la democracia en el mundo andino

César Rojas Ríos

“Antes de que se sintieran tentados por esa vía,
fue necesario que todas las demás se cerraran.”
(Amin Maalouf, *Identidades asesinas*.)

El Movimiento al Socialismo (MAS) obtuvo un 53,7% en las elecciones de diciembre de 2005 en Bolivia. El porcentaje marca un hito en la historia corta de la democracia. Pero su ascenso al poder marca un hito en la historia larga de Bolivia. En gran parte, fue el movimiento que produjo el cambio, resultó siendo parte del propio cambio y, a su vez, será el resorte de más cambios. Causa y efecto. Regeneración. Sabemos que levanta vuelo en

el ciclo de conflictividad iniciado en abril de 2000, no sabemos por el momento cuándo terminará —tal vez sea lo de menos—, sino qué terminará haciendo. Y cuánto de ese quehacer será irreversible por haberse convertido en cotidianidad. Nadie entonces recordará su genealogía épica, es decir, que la vida ordinaria tiene un pasado extraordinario. Precisamente en eso podría consistir su triunfo y verdad.

1. RUPTURA SIN TERROR

Bolivia vive una revolución *en* democracia. O si se quiere, cambio revolucionario sin revolución o transformación sin violencia. Así el MAS se convirtió, desde el día mismo de la victoria arrolladora en las elecciones de diciembre de 2005, en un actor revolucionario *atípico*: producto de un tipo de movimiento (ruidoso, agitado, conflictivo) que, a su vez, producirá un tipo de cambio (“cambiar en todo o en parte los órdenes sociales”), si bien conquistó el poder por la vía reformista: las urnas —“movieron las aguas, pero no desencadenaron las tempestades” (Bobbio, 1992, p. 63).

La proposición que planteamos no se trata de una figura retórica ni de juegos de artificio, sino de una tesis que trataremos de respaldar. Es útil plantearla por tres razones —las explicaciones no son más o menos verdaderas, sólo se diferencian por su intensidad lumínica: alumbran más o menos—: primera, el que se diera *en* democracia permite pensar que conjuramos su rasgo más caracterís-

tico: la violencia organizada y, subsecuentemente, que si se hubiera impuesto a través de una victoria armada habría llevado a implantar *ipso facto* una dominación autoritaria, donde “todo y todos deben guardar silencio” (Arendt, 2004, p. 21); segunda, la existencia de una situación revolucionaria que la hizo posible configuró su agenda de gobierno y reclama sus respectivos resultados; y tercera, permite hacer un seguimiento al proceso revolucionario desde sus pulsiones más profundas, aunque en una connivencia inusual con la democracia, para de esta forma determinar su genio y perfilar su figura.

Todo esto al margen de que el propio MAS se piense como un actor revolucionario democrático. Acontecimiento *sui géneris*. Lo es y profundamente. Sin embargo, la novedad, la profundidad y la excepcionalidad de lo sucedido en Bolivia requieren de abordajes particulares. Novedad por el movimiento y la dimensión transformadora que acarrea. Profundidad, porque afecta hasta los rincones mismos en que deposita sus raíces la sociedad. Y excepcional, precisamente porque la teoría nos dice que revolución y democracia son conceptos opuestos, sino indispuestos. Para muestra baste un botón:

Democracia y revolución son términos contrapuestos y, de la misma forma que ninguna revolución produce como resultado un régimen parlamentario y de libertades, *ninguna democracia da paso a una revolución*. (González Enríquez, 1995, p. 382 [subrayado propio].)

Frente a una sentencia tan terminante resulta prudente relativizar el juicio: quién sabe. ¿Lanzó la historia

de una sola vez todas las combinaciones posibles de la democracia?

2. LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA

Existen países donde resulta imposible llevar adelante un proceso revolucionario, sería como arar en el desierto; hay otros donde se exacerbán los antagonismos sociales y éste estalla. La razón: el terreno está abonado. La revolución es un árbol de muchas raíces y ramas, y ante todo, que no crece en todas las estaciones y en cualquier terreno. Los revolucionarios, como los jardineros, no trabajan en contra de la naturaleza, sino más bien en un suelo y bajo un clima propicios a su obra. En éstos países sería difícil reprimir las fuerzas insurgentes que actúan dentro de un contexto revolucionario como tratar de fermentar la revolución en aquéllos donde no se dan esas condiciones (Cfr. Bobbio, 2003, p. 660; Brinton, 1985, p. 99; Melotti, 1980, p. 226).

En Bolivia las condiciones estuvieron dadas. El terreno era fecundo: el régimen neoliberal estaba exhausto. Había perdido su vigor y su capacidad para imponer respeto y lealtad a sus súbditos. *Empezó a sumar progresivas y múltiples disfuncionalidades*. Un dato revelador: a medida que la curva de respaldo electoral a los partidos tradicionales decrecía, la curva de conflictividad ascendía. Sánchez de Lozada obtuvo con el MNR en las elecciones de 1993 un 35,5% de respaldo popular y 13,1 conflictos mensuales; Banzer Suárez logró con ADN en

1997 un 22,2% y 28,4 conflictos mensuales; Sánchez de Lozada consiguió con el MNR en 2002 un 22,4% y 33,9 conflictos mensuales, y el gobierno de Carlos Mesa 51 por mes, después del periodo de la UDP, 52 por mes, el segundo más alto (Laserna y Schwarzbauer, 2005). Es decir, ambas curvas iban en direcciones contrarias: el respaldo ciudadano bajaba y los conflictos sociales subían. También las medidas dejaron de ser más pasivas, 42%, para tornarse en activas y agresivas, 76% (*idem*).

Miremos ahora hacia la economía. Después de levantar cabeza en el período de los 90 a un promedio del 4% de crecimiento, la bajó a partir de 2000: el crecimiento del PIB per cápita fue negativo: -0,20 (BM, 2004-2005). Y los sectores modernos que contribuyeron con el 65% del ingreso sólo generaron el 7% del empleo (PNUD, 2005) o las empresas grandes producen el 65% del PIB, pero emplean menos del 9% de la población activa total (BM, 2006). El resultado: un sentimiento de descontento.

Las condiciones que habían mejorado, empeoran; así las expectativas que habían crecido, quedaron frustradas. Parte de la población vio disminuir lo que tenía y también la esperanza de mejorías futuras. Pasaron por una privación de aspiraciones por decrecimiento. Esta sensación se agravó, pues percibieron que las élites económicas y políticas sin embargo tienen más: el índice Gini que mide el grado de concentración de la riqueza marcó en el periodo 1985-2003 un 0.52, y después re-

gistró un incremento al 0.61.¹ Según el estudio de Víctor Flores V. “el ingreso per cápita de la clase alta es 173 veces más alto que el ingreso per cápita de la clase baja” (Flores, 2002, p. 31). Una ligera diferencia con los datos del Banco Mundial: “la riqueza del 10% más rico de la población es 140 veces superior al 10% más pobre” (BM, 2006). Se trata de una brecha social abismal.

En el oriente del país, según un estudio del Centro de Estudio para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA), el 7% de los propietarios rurales, que tienen acceso al capital y a los recursos tecnológicos, concentran el 93% de las tierras; en cambio, el 93% de los propietarios, que son mayoritariamente pequeños campesinos, poseen el 7% de las tierras y las cultivan intensamente. En otro estudio de la FAO, señala que en las últimas dos décadas el fraccionamiento de la tierra en el Altiplano habría alcanzado un ritmo promedio de unos 16.000 minifundios nuevos por año. Entonces el pueblo descubrió que lo que tenía resultaba intolerablemente inapropiado: 9 de cada 10 (pobres y no pobres) consideraban que la distribución económica era injusta (BM, 2006). Ahí estuvieron además los líderes sociales para incrementar la sensibilidad de injusticia. Y la frustración unida a la injusticia pudo tener consecuencias trágicas:² los pobres en una revolución no tienen nada que perder, sino mucho que ganar, de ahí que ponen el pecho a las balas sin miedo, a diferencia de los ricos.

Incubadas, sobre todo, en los sectores indígenas. Progresivamente empoderados, sintieron que tenían menos

de lo que debían tener. El 60% de los indígenas estaba en niveles de pobreza, 37,8% no contaban con ingresos suficientes para cubrir sus necesidades básicas y el 22,2% restante no cubría sus necesidades alimenticias. Es más: de la población rural, el 91% se encontraba en situación de pobreza, el ingreso monetario medio es alrededor de 0,60 dólares por día, es decir, la tercera parte del ingreso urbano medio (BM, 2006). Además, se evidencia una alta correlación entre pobreza y origen étnico. La brecha educacional entre los más ricos y los más pobres es de aproximadamente 8,5 años de educación, frente a aproximadamente 5 años en Venezuela y Colombia (BM, 2006).³

A esto se suma que los indígenas no compartían posiciones sociales con los no-indígenas. En lugar de sentirse unidos por lazos cruzados, descubrieron que cada cuestión conflictiva reforzaba a las otras. O sea, las personas pobres viven en un mismo lugar (el campo), son de la misma raza (indígenas), tienen baja posición social y poco poder político. Es decir, son los perdedores casi absolutos del sistema. *Están nivelados por arriba, poseen una misma cultura, y por abajo, son los pobres y marginados del sistema.* Las fracturas étnicas, económicas, sociales y políticas coinciden, comparten en consecuencia muchas cosas para sentirse unidos. Entonces, cuando entran en conflicto, lo harán con todo, pues pierden en todos los frentes sociales. La insatisfacción, total, resultó también colectiva: tomaron conciencia (cierta o no) que represen-

tan el 62% de la población (INE, 2001). Lo cierto es que se sintieron mayoría y a partir del septiembre negro del 2000 se asumieron como un *contrapoder contracultural*: su cultura les sirvió como contraideología (Touraine, 1997). Empezó un conflicto comunitario y transversal: un mismo grupo, los indígenas, a quienes une raza, idioma, historia y religión tuvieron la suficiente cohesión para actuar colectivamente. Y lo hicieron a través de la *politización de la identidad*.

Los sectores indígenas y populares sintieron en el gobierno de Banzer y a partir de la “guerra del agua” de 2000 que llegaron al umbral de lo tolerable. Las personas que tuvieron como primera lengua un idioma indígena sintieron que fueron discriminados en proporciones mucho más altas que quienes tienen el castellano como lengua madre: el 29,6% en comparación con el 18,2%. La discriminación incide además en el apoyo al sistema: más discriminación, menos apoyo al sistema (Seligson *et. al.*, 2006, p. 33-5). Pero la situación se agrava si observamos otro índice: el 70,8% de la población de las áreas urbanas percibe un *alto grado de racismo* en Bolivia (Fundación Unir Bolivia, 2006).

La sociedad vivió, en consecuencia, lacerada por la agitación de diversos sectores sociales. La pólvora estalló cada vez con mayor frecuencia y simultaneidad. No fue una de tanto en tanto, sino son muchos estallidos a la vez. El régimen fue constantemente atacado, se desgastó en la crisis prolongada de 2000-2005 y se corroyó la

situación del poder constituido. Todo además se reforzó y acrecentó con el tema del gas. A partir de 1999 las exportaciones por gas se multiplican por 11, en 2004 significan el 27% de las exportaciones totales y se habló de reservas probadas cada vez mayores. El año 1999 eran 5,297 trillones de metros cúbicos (TMC), para el año 2004 resultan 31,430 TMC (Laserna, 2006, p. 20). El dinero estaba ahí, al alcance de la mano, pero estaban de por medio los partidos tradicionales,⁴ que representaban el mayor foco de desconfianza de la población: sólo el 23,4% los respaldaba (Seligson *et. al.*, 2004, p. 112).

El apoyo ciudadano lo fueron perdiendo sostenidamente: si 78 de casi 100 bolivianos votaron en 1993 por alguno de los partidos tradicionales, en las elecciones de 2002 sólo lo hicieron 42, habiéndose hecho a un lado 36 —retiro progresivo a partir de octubre de 2003, que, integrados en una situación de poder, los sostenía—. Y si bien Sánchez de Lozada ganó las elecciones con un 22,46% de favorabilidad (sus asesores dijeron haber ayudado a remontar del 6%), tuvo un 70% de desfavorabilidad que se tornó en ira, cuando su gobierno cobró la vida de 60 personas. Intentó sostenerse por la fuerza que, sin legitimidad, se tornó en fuerza bruta.⁵ escribió Melotti: “Quien siembra el odio, odio recoge.” Y así fue.

Luego el gobierno de Carlos Mesa se percibió como un gobierno con legitimidad, pero sin poder formal, confrontado con un parlamento con poder formal, pero sin legitimidad.

Tilly define una situación revolucionaria —siguiendo a Trotsky—, como la presencia de más de un bloque ejerciendo poder efectivo sobre una parte significativa del aparato estatal, una situación de soberanía dual, en la que la población debe elegir a quién obedecer (...) aparición de competidores con demandas exclusivas de control del gobierno, la aceptación de esas demandas por una parte importante de la población y la incapacidad o falta de voluntad de los agentes del gobierno para suprimir el desafío. (Benedicto y Moran, 1995, p. 382.)

¿Dónde estuvo entonces el poder real o el poder dual que activó una nueva fidelidad? En el MAS: allí radicó la capacidad para producir una multitud o una acción de masas. El conflicto de esta forma se convirtió en algo parecido a la guerra. “En una situación revolucionaria se encuentra uno como en un estado de guerra y en la guerra no hay exclusión de medios” (Melotti, 1980, p. 227). Para que se produjera y los medios se tornaran violentos, el MAS hubiera necesitado que las puertas del sistema estuvieran herméticamente cerradas, pero estuvieron entreabiertas: existió la rendija electoral. Por ahí se metió el MAS y cambió el terror de la violencia por la fuerza de la movilización y el peso de su mayoría electoral.⁶

La “revolución inconclusa” de abril de 1952 retornó en diciembre de 2006 a su umbral de partida. El paralelismo en la agenda resulta llamativamente parecido: ayer nacionalización de la minería, hoy de los hidrocarburos; ayer reforma agraria, hoy segunda reforma agraria; ayer voto universal (democracia representativa), hoy Asamblea Constituyente y referéndum (democracia participativa). O sea, una nueva oligarquía que concentró la riqueza y

confiscó la política para sus propios fines y dejó en el limbo a los sectores populares. ¿Es el retorno a la agenda revolucionaria? ¿Es la memoria histórica que se actualiza o la realidad que persiste manteniendo el viejo esqueleto? La revolución masista regresó para terminar de hacer sus tareas, inconclusas por el emenerismo, debido a un sinfín de fracasos anteriores.

De esta forma, del ascenso de la revolución, una nave en el mar, primero pudimos observar la punta del mástil en el lejano horizonte y hoy la proa que pretende romper las aguas de la Historia.

3. ELECCIÓN FUNDACIONAL

Los masistas estaban *allí*, en la lontananza, bordeando los márgenes del sistema (el MAS se funda el 27/3/1995), eran *el otro* del sistema de partidos, algo así como el proletariado externo de la clase política (en 1997 alcanza un marginal 3,7%). Pobres y desarraigados que representaban una absoluta lejanía, una realidad tan residual, tan inaparente y sin sustancia dentro del mundo político; luego fueron los agentes de la conflictividad y la confusión, para posteriormente convertirse en la fuerza remodeladora del Estado. Una vuelta de rueda transformó su derrota, a la larga, en un semblante de victoria. Ellos fueron los primeros en ver con claridad, después de un *interregno* vacilante, lo que querían hacer. Y, cuando les llegó la hora, sin vacilaciones se pusieron manos a la obra.

El MAS en diez años de historia se convirtió de movimiento cocalero (portador de una agenda sectorial), asistémico y marginal a movimiento partido nacional (portador de una agenda histórica madurada en el tiempo y desde abajo), transformador y central. Y si en las elecciones de 1997 alcanzó un minúsculo 3,7%, en 2002 obtuvo un notable 20,9%, en 2005 cosechó un sobreabundante 53,7%. El porcentaje más alto de la historia corta de la democracia (1982 en adelante). Ese fuego social terminó alumbrando un pico electoral o el poder social se transformó en poder político, rompiendo la tradición de que los ricos además sean poderosos.

Si el MAS está administrando una revolución *en democracia*, la victoria suya no puede ser otra cosa que una *elección fundacional*. Marca un punto de dislocación con el *ancien régime* y el comienzo de uno nuevo. Un terremoto que empezó a derribar grandes barreras o un acontecimiento trascendente que produjo un cúmulo de hechos que revolucionan distintos campos.

Está el *hecho político*: la antigua plataforma partidaria de ¾ se desploma. Los tres partidos centrales, MNR, ADN y MIR, que bailaron al juego del poder con cuatro damas de compañía: UCS, Condepas, MBL y NFR, cayeron en desgracia. Se desplomaron. Si bien el espíritu democrático penetró en la sociedad, desapareció de los partidos tradicionales. La ceguera frente a la cuestión social los acabó por agotar: declinó la acción política partidaria y ascendió la acción de los movimientos sociales.

El MAS logró reencontrar y reconciliar la sociedad con la política, y luego con el Estado. Lo atestiguaron los datos: en 2006 los ciudadanos (59,5%) contestaron que Bolivia fue más democrática que en 2004 (55%), en 2006 estaban más satisfechos (54,6%) con la manera en que la democracia funciona en Bolivia que en 2004 (48,9%) y el respaldo al presidente en 2006 alcanzaba al 62,7%. (Seligson *et. al.*, 2006, p. 130, 132 y 143). También se produjo un recambio fundamental que muchos no alcanzaron a comprender en toda su magnitud: al desplomarse (MNR, ADN y MIR) y venirse a menos (Podemos, UN), los partidos sistémicos perdieron el poder para modelar y remodelar el sistema. O sea, para definir la realidad desde el gobierno. Ahora, de las cenizas de la antigua plataforma partidaria surgió una nueva plataforma política que renovó todo el espectro ideológico: MAS, UN y Podemos. Presenta dos variantes: la supremacía directriz no la tiene la derecha, sino la izquierda en el poder y abocada a la construcción de casa nueva.⁷ El dinero decidió y gobernó en el país, ahora lo popular-indígena decidirá y gobernará.

El hecho *sociocultural*: vivimos una auténtica *revolución altimétrica*, donde los de abajo suben y los de arriba bajan.⁸ En esta situación, “les permite a todos [los de abajo] aspirar a los grados más destacados y a más de uno llegar a ellos” (Mosca, 1992, p. 36). El origen de esta revolución vino desde la Bolivia profunda, no se trató de un proceso de circulación de élites, donde

una élite reemplazó a otra, como sucedió con el paso del gobierno de Paz Estenssoro a Paz Zamora, Banzer Suárez o Sánchez de Lozada; sino fue el desalojo de una clase social por otras —Tocqueville la bautizaría como la “nueva clase invasora” y en palabras de Guizot diríamos: “el antiguo pueblo vencido se había convertido en vencedor”—. La anterior élite del poder fue desplazada por una tripulación completamente nueva compuesta por líderes indígenas y populares que controlan sindicatos y comunidades —lo suyo no fue el mercadeo electoral, sino la inserción social—.⁹ Todo en democracia y en relativa paz, un verdadero prodigo. Lo más *llamativo* del proceso resultó siendo la incursión indígena, que, lenta pero inexorablemente, empezó su *implantación estatal*.¹⁰ Le cambió su rostro y su ser. Hoy la dimensión indígena de la revolución masista es irreversible: *Bolivia, o se hace con los indígenas o se deshace*.

El *hecho económico*: vamos dejando atrás el neoliberalismo para adentrarnos más en un periodo posneoliberal. La economía como relación íntima entre desarrollo y multinacionales (léase inversiones extranjeras) se rompió, para dar paso a la relación entre desarrollo y Estado. O si se quiere, pasamos del protagonismo del mercado (redujo su importancia) a la primacía del Estado (incrementó su influencia). No estamos más librados a las manos invisibles del primero, generador de desigualdades; sino a la mente planificadora del segundo, que pretende suprimirlas o al menos disminuirlas. Pero,

sobre todo, librados a la suerte que vaya a correr la nacionalización de los hidrocarburos y a la gestión estatal del excedente gasífero. El motivo de este cambio: el modelo neoliberal *agravó los males* (desigualdad, polarización, empobrecimiento y marginalidad) y *defraudó las expectativas* (empleo y crecimiento económico, si bien generó un marcado descenso de la inflación y un incremento de las exportaciones). En pocos años podremos nuevamente evaluar el músculo del nacionalismo para generar desarrollo.

El *hecho ideológico*: el MAS es un trípode asentado en el nacionalismo, el izquierdismo y el indianismo, esa es su fuerza, que a su vez son tres rostros, ahí radica su convocatoria social. Interpela a diversos y vastos sectores sociales. De esta forma el que no cayó por indígena, resbaló por nacionalista, izquierdista (o por encontrarse cabreado con los partidos tradicionales). Esta trilateralidad se vio en la posesión presidencial de Evo Morales convertida en todo un acontecimiento mediático: el perfil indígena se decantó en Tiahuanacu (resintonizó con la historia oculta de Bolivia), el izquierdista y nacionalista en la Plaza de los Héroes (mostró su ascendiente popular) y el democrático en el Parlamento Nacional (tomó la investidura en el escenario del poder formal). De esta forma se escenificó la dramatización y glorificación del presidente como héroe que superó los límites de lo convencional y se inscribió dentro de lo excepcional al dar cuerda nuevamente al reloj de la historia (Dayan y Katz,

1995). Las elecciones mostraron tanto una preferencia como una sanción. ¿Cuáles fueron las ideas-fuerza convertidas en estos pocos años en verdaderas “palancas sociales” de la acción social, primero, y de la acción estatal, luego? Planteamos dos: *el retorno al Estado y la recolocación (sobre todo) indígena y popular*. Para empezar, restituyeron la majestad, la dignidad y las finanzas del Estado, es decir, no debe existir en el país ningún poder más grande ni corpulento que el Estado (léase Embajada Estadounidense, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, multinacionales, oligarquía agroindustrial), recobraron desde y para el Estado la soberanía en sus decisiones (léase nuevamente todo lo anterior) y pretenden redistribuir el excedente generado por la venta del gas así como de las tierras improductivas a partir de la segunda reforma agraria; y para continuar, inclusión, irradiación y nivelación de los excluidos (léase indígenas). Zavaleta escribió sobre la “irradiación proletaria” para resaltar el acto de iluminación que imprimían sobre su atmósfera inmediata y el contagio que producían sobre otros sectores sociales como el campesinado (1983, p. 74-5). Hoy podemos hablar de la *irradiación indígena*: lo originario era un valor de uso desvalorizado, al cambiar las relaciones sociales y de poder, se convierte en un valor de uso revalorizado. Dejó atrás su inflación simbólica. En consecuencia, resultó visibilizado (sale a la luz de las sombras), ostentado (se exhibe con orgullo en los pasillos del poder), y

tendrá cada vez mayor capacidad de penetración en los sectores no-indígenas (costumbres, valores, prácticas) debido a su recalificación de su *estatus*. De hecho, cambiaron los valores-uso-simbólicos-del-poder, y ahora todos los actos-simbólicos-del-poder vienen teñidos por lo indígena. Bien podríamos también hablar de una revolución cultural en marcha por los cuatro costados. Será persistente, intensa y de larga duración.

El retorno del Estado y la recolocación indígena y popular son fundamentalmente las dos orientaciones ideológicas que encauzan la navegación del MAS en el océano de la Historia y se condensan en una política de las Luces: la razón puesta a ejecutar intervenciones planificadoras por encima de la dinámica de los mercados.

4. REMOVIENDO FRONTERAS

El MAS pretendió transformar la sociedad apoyado en los movimientos sociales y ahora en el poder del Estado. Trata de servirse del poder para fines completamente contrarios a los que servían los partidos tradicionales. Y del que se servían. ¿Qué logró el MAS, los movimientos sociales y la conflictividad en principio? *Mover y ampliar los límites de lo político*.

¿Cómo sucedió? Debido a la conflictividad social... esa sonora cachetada que llamó la atención sobre los hondos malestares de una sociedad, y así la puso a pensar sobre esas grietas que crujen y levantan la voz en las calles. El resultado: la mente de los ciudadanos volvió sobre sus ideas, dudaron, reinterpretaron la realidad

circundante, se abrieron a respuestas nuevas, tantearon otros caminos en términos críticos —“liberación cognitiva” le denominó McAdam. Lo trascendente de la conflictividad no es la condensación y erupción de movilizaciones, sino los procesos históricos que genera: lo que una vez terminado permite deshacer del pasado y rehacer de cara al futuro. La conflictividad abre surcos (sociales, políticos, culturales, económicos) y deposita semillas (visiones, ideas y acciones) que el Tiempo dirá si se convirtieron en frutos malignos o benignos. El ciclo de conflictividad de 2000-2005 abrió los surcos del cambio. En el caso de la nacionalización se trató de una contienda por la apropiación (estatal o privada) del excedente. A partir de 2006 se presentan conflictos de fronteras entre el gobierno y sus adversarios, es decir, de marcarle al proceso de cambio los límites de lo “aceptable”. Frenan su aceleración, le rayan la cancha. En el caso de la nacionalización se tratan más bien de conflictos redistributivos (sectorial y descentralizada) del ahora excedente estatal de los hidrocarburos.

Entonces, ¿qué es lo nuevo? ¿Qué se puede repensar ahora que las fronteras de lo político se desplazaron y las mentes transitan por nuevos territorios mentales? El rol del Estado y su potencialidad de reinventar una sociedad justa clausurada por el neoliberalismo; el papel de la sociedad: no de conformismo con las desigualdades y todos sus males, sino de activa participación en su reversión; y el reposicionamiento social, político y cultural

de los indígenas: nivelación social (fuera del Estado), implantación gubernamental (dentro del Estado) e irradiación simbólica (fuera y dentro del Estado). Todo esto cristalizó en la cabeza y las acciones del MAS. Se trata de su motor y su horizonte históricos.

Y se hizo posible gracias a la caída estrepitosa de toda una plataforma política que *comprometió* ante el MAS y sus seguidores un ideario político, capitales socioculturales y nutrientes civilizatorias occidentales. Los partidos tradicionales no sólo jugaron con su vida política, sino con las vidas de todos y en toda su profundidad. Y decir vida entraña valores, normas y costumbres sancionadoras y legitimadoras de un orden social —por apuntar algo—. La irresponsabilidad suya comprometió los cimientos de la casa. O sea, los fundamentos axiológicos sobre la que se levantó y “cohesionó” la sociedad.

Para complementar la idea: los sectores populares-indígenas no miran más a las clases altas con admiración, sino con desconfianza y menoscabo (Cfr. PNUD, 2004, p. 120). No tienen el aura apergaminada de la élite, sino generan la sospecha de tratarse de una casta que confisca los privilegios de la sociedad. Y descubren en su rostro el espíritu oculto de la civilización occidental, o si se quiere, sólo perciben su perfil nihilista, negador de los valores más elevados —solidaridad, fraternidad, armonía y humanismo— y que entronizó las realidades más sombrías: egoísmo, ambición, pobreza, injusticia,

desigualdad, devastación, dominación y guerra. Una Cápsula Tóxica donde los hombres son trocados en engranajes de un Molino Insensible.

Para cerrar este punto: ¿Qué ideario político, capitales socioculturales y nutrientes civilizatorias occidentales quedaron comprometidos ante el MAS y sus seguidores, y cuáles superados? Del *ideario partidista* anterior, comprometida, la suficiencia política de la democracia representativa, y superado, el proyecto neoliberal y globalizador; de los *capitales socioculturales de la clase alta*, comprometido, su aporte real al desarrollo del país, y superada, la conducción endogámica del Estado; y de las *nutrientes civilizatorias occidentales*, comprometida, la supremacía de la religión católica, y superada, la sumisión al imperialismo estadounidense.

Bolivia presentó un umbral crítico: ciertos valores entraron en ocaso y otros tambalean por los vientos que soplan en contra. Tendrán que mostrar su grado de penetración y presentar nuevamente sus argumentos de validez para lograr carta de ciudadanía. Habrá cuando menos competencia, controversia y descalificaciones. Los valores son tales mientras valen; no se trata de que los viejos valores no valgan, sino que irrumpen nuevas valoraciones pretendiendo valer.

Nada está dicho. Todo está por decirse y decidirse.

5. MUTACIÓN ESTATAL

Bolivia empezó a vivir desde 2000 una crisis de identidad y también un diseño paulatino y traumático

de la identidad deseada. Por virtud de una secuela de conflictos emblemáticos (abril y septiembre de 2000, febrero y octubre de 2003, mayo-junio de 2005), las facciones del país se alteraron en un nuevo rostro, en significación y definición históricas. La tempestad social finalmente tomó un rumbo.

Hoy no es ayer, aunque el futuro ya se inauguró en el pasado. El MAS empezó a empatar el deseo de la población con las acciones de su gobierno, es decir, “adaptó el estado político al estado social, los hechos a las ideas, y las leyes a las costumbres” (Tocqueville, 1988, p. 391). ¿Qué empezó a mudar entonces? Por acción del MAS —con seguridad— mudamos de un Estado neoliberal y señorial —no sin sobresaltos ni conjuras en el dintel mismo del abismo— a un Estado nacionalista y popular-indígena.¹¹ Se trató de un salto cualitativo: no sólo mudó la piel, sino el alma del país. El proyecto revolucionario destituyó el proyecto establecido.

El neoliberalismo, que hizo un alto y se cuestionó sobre su viabilidad en el gobierno de Carlos Mesa, empezó a ser desterrado en el gobierno de Evo Morales con medidas decisivas: nacionalización de los hidrocarburos (y anuncian otras: tierras, recursos forestales, agua, minerales, electricidad, telecomunicaciones, ferrocarriles) y derogación del Art. 55 del D.S. 21060 con el propósito de garantizar la estabilidad laboral. Y cambio de eje: no más la primacía del mercado, sino el protagonismo del

Estado. La brújula también cambió de norte: no permite más operar un *laissez-faire* desbocado a favor de los intereses y ganancias, ni de las multinacionales ni de las empresas nacionales (caso transportistas), como si Bolivia fuera una tierra para pocos, sino reasumir el papel del Estado como servicio público, sobre todo, en apoyo de los excluidos.

El señorrialismo... lo indígena, lenta pero inexorablemente, empezó su incursión en el poder estatal; primero fue Víctor Hugo Cárdenas en la Vicepresidencia y luego Evo Morales en la Presidencia.¹² Dejamos de ser un Estado negado. O sea, ciego ante su realidad más profunda, divorciado con su población mayoritaria y que rechazó su raíz, legado y pasado indígenas. Lo cobrizo siempre estuvo excluido en la definición de la complejidad nacional. Nos deseábamos ajenos, nos pensamos sólo desde la proa de las carabelas españolas. Hoy vivimos más bien un momento de irradiación indígena, salió del eclipse histórico y tomó el horizonte nacional. Fuimos una flor mutilada, ahora todos los pétalos se muestran, también es cierto que surgen chispas y rugidos, pero brota la posibilidad inédita de sentirnos fraternos en una existencia compartida.

Por acción del movimiento cívico cruceño tal vez mudemos a un Estado autonómico. Es decir, dejemos atrás un Estado que buscó concentrar todo el poder y donde los prefectos y diputados (todos plurinominales) eran la correa de mando de un Presidente Supremo, a rebajarle

el poder al Estado para repartirlo en los departamentos y municipios, y elegir directamente diputados (todos uninominales), alcaldes y también prefectos con renovadas competencias. Es decir, pasamos de la democracia de los jefes partidarios a la democracia de los ciudadanos, donde cada boliviano empezó a acudir a las urnas para tomar más decisiones sobre una mayor cantidad de asuntos claves. Esto también implicó un cambio en nuestra cultura política: dejar de pensarnos como súbditos para asumirnos como partícipes plenos del ámbito público.

Eso es lo que hoy vemos. Pero desconocemos si ahí atorará la mutación o irá más lejos. Está en cuestión el *grado* del cambio en las diferentes dimensiones. La tenaz pugna entre purismo/complementariedad. En esta mutación de lo neoliberal al nacionalismo, no sabemos si sólo será Estado (purismo) o Estado más mercado (complementariedad); en la mutación de lo señorial a lo popular-indígena, si sólo será indianismo (purismo) o indianismo más criollismo (complementariedad); si será una democracia restringida de mayorías (purismo) o más bien una democracia ampliada de mayorías y minorías (complementariedad); si construirán un Estado exclusivo (purismo) y autoritario o, por el contrario, un Estado inclusivo (complementariedad) y transparente; si en el escenario internacional y debido a la rotación interna del país a la izquierda que condiciona su traslación externa también hacia la izquierda, el arco diplomático de relaciones internacionales será encogido (Venezue-

la y Cuba) o dilatado (Venezuela, Cuba, pero *también* Argentina, Brasil, Paraguay, España, Francia, Noruega, China, Japón y otros).

Dependiendo de las alternativas por las que opte el MAS (en esta matriz multidimensional) podremos sacar las consecuencias.

6. “TOUR DE FORCE” DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

La actual Asamblea Constituyente nació de varios fórceps históricos. Su itinerario pasó por tres etapas de gran calado: social, política y estatal, es decir, desde los márgenes al centro de la decisión política. Partió de la “Marcha por la Dignidad, la Tierra y el Territorio”, efectuada por los indígenas de tierras bajas en 1990 durante el gobierno de Paz Zamora. De ahí, la idea estuvo diez años sumergida para emerger como remate político de la “guerra del agua” en abril de 2000 en Cochabamba. La etapa social evidenció la traslación de la demanda de Oriente a Occidente, y de una marcha indígena-rural se incardinó en un conflicto intenso. Desde ese momento la Asamblea Constituyente estuvo montada y tomó viabilidad sobre la ola de conflictividad: en la medida que la protesta le fue ganando la pulseta a los gobiernos, la Asamblea Constituyente irá ganando cuerpo. Luego vinieron las elecciones generales de 2002. El ex juez Alberto Costa Obregón, un *outsider* de la política —y precisamente por serlo—, llevó la idea desde la sociedad y la introdujo dentro del debate político. La NFR, el MIR,

con un gran sentido de oportunismo, retomaron la idea. La Asamblea Constituyente invadió la política formal y venció su desafección. De esta manera la idea se trasladó del sistema social al sistema de partidos, hincándole el diente a uno de los partidos tradicionales. Poco más de un año después se intensificó el proceso: octubre de 2003, agendó, además y por sobre el cadáver político de Sánchez de Lozada, la Asamblea Constituyente. El nuevo presidente, Carlos Mesa, institucionalizó la demanda traduciéndola en acción estatal, con la creación de la Unidad de Coordinación para la Asamblea Constituyente (UCAC) y el compromiso de llevarla adelante. Fue la tercera etapa, la estatal. Decisiva y fundamental. La Asamblea Constituyente fue tema y preocupación del gobierno de Carlos Mesa. También de impotencia, pues la dejó en puertas. El gobierno de Evo Morales, en el primer semestre de 2006, llevó adelante consensuar la Ley de Convocatoria a la Asamblea Constituyente, realizó las elecciones para elegir asambleístas y dio inicio al proceso deliberativo. El hijo finalmente nació de un largo parto con dolor. Acabó por afirmarse aunque desconoce su destino final.

Esta travesía estuvo acompañada por el *síndrome del abismo*, es decir, tuvimos la necesidad de sentirnos caminar al borde del precipicio (hacer uso de la violencia resolutiva), de ver abrirse sus fauces sombrías ante nuestras propias narices para que las fuerzas encontradas dieran paso —finalmente y a regañadientes— a sa-

lidas pactadas porque en ese preciso momento no tenían certeza en la victoria definitiva. Ocurrió con la sucesión constitucional de Sánchez de Lozada y posteriormente de Carlos Mesa, la redistribución de los escaños y la convocatoria a elecciones generales de diciembre de 2005 con Rodríguez Veltzé. ¿Qué ocasionó que dieran dos pasos adelante al abismo, pero, finalmente, el paso salvador atrás? El conflicto no se desbordó por uno de sus lados (búsqueda de una victoria definitiva); precisamente porque los contendientes pusieron a prueba sus fuerzas *en* el conflicto y en la medición de fuerzas *tomaron conciencia* de su poder relativo o de su limitación recíproca: en la dinámica del conflicto evaluaron lo que podían hacer y lograr (acuerdo parcial), y se disuadieron de lo que no podían hacer ni lograr (victoria absoluta y/o doblegar al contendiente).

La Asamblea Constituyente entró en sus seis primeros meses en una dinámica de *negociación* desdoblada o *recargada* a raíz del conflicto mayoría absoluta/dos tercios: se pasó del círculo interno de la negociación institucional (la Asamblea) al círculo externo social de la medición de fuerzas (las calles) como disuasores y de ahí se retornó luego al círculo interno; si esa dialéctica no hubiera fructificado, se pudo activar el círculo más externo, donde se encuentra un actor decisivo y resolutivo de la polarización: las Fuerzas Armadas y la Policía. Y los contendientes pudieron, o tratar de seducirlas a una de las dos causas, contraponerlas o fracturarlas. Si

llegara ese aciago día, mucho pueden hacer ambas fuerzas por la democracia si resisten al canto de las sirenas, pues obligarían así a los actores políticos a entenderse, bien o mal, que siempre es mejor que *no* entenderse y entonces... guerrear.

La Asamblea Constituyente se balanceó y lo continuará haciendo entre conflicto y consenso. Producirá, alternativamente, sobresalto y sosiego. *Mientras el conflicto derive en un nuevo consenso, el país se irá haciendo en vez deirse deshaciendo.* Dejaremos atrás el síndrome del abismo, porque habremos aprendido que el hombre es sagrado para el hombre, para dar paso a la tierra donde los sueños cristalizan y los errores se corrigen. Donde la vida se entrega y los hombres la abrazan. *Buen país.*

Homero citó como un proverbio muy antiguo que “los molinos de los dioses muelen despacio”. Sin prisa pero sin pausa: esa fue la historia de la Asamblea Constituyente.

7. ¿OPOSICIÓN O CONTRAREVOLUCIÓN?

La situación de revolución *en* democracia coloca todo el proceso masista en una *lógica borrosa*. Nada resulta claro ni definitivo. Tenemos al frente una amplia gama de grises. Explicamos: la revolución pura estimula la contrarrevolución dura; mientras la democracia pacífica alienta la oposición competitiva. Por tanto, ¿qué podemos esperar, oposición o contrarevolución?

Dejemos esta pregunta en suspenso por un instante, para dilucidar otra, anterior y básica, ¿puede un

gobierno carecer de grupos disconformes? ¿O son sus errores los únicos causantes de su aparición? No existe política gubernamental que sólo produzca adhesiones, en el mejor de los casos, generará un residuo de disconformes. Respuesta a la primera cuestión. Y los errores, de manera adicional, pueden aumentar la extensión y la intensidad del descontento. Respuesta a la segunda cuestión. Por tanto, toda acción de gobierno tiene resistencia y puede ser amplia e intensa cuanto más torpe sea esa acción. ¿Por qué existe esa resistencia *inevitable*? Existe una estrecha relación entre política, intereses y conflicto. Una obviedad que muchas veces se pierde de vista. Todo gobierno orienta una forma de distribución de los recursos, la riqueza, el prestigio y la autoridad. Y ese *orden dispuesto define los actores en conflicto y aloja en la sociedad unos contenidos potencialmente explosivos*. Mas si se trata, como en el caso del MAS, de una revolución en curso, pues ésta “es, de una parte, ‘subversión’ de los intereses precedentes, y de otra, ‘renovación’, es decir, imposición de intereses nuevos” (Bobbio, 2003, p. 672).

Desde 2002 hasta 2007 el país vivió cruzado por dos ejes globales de conflictividad: la polaridad Oriente/Occidente y clases altas/bajas, en torno fundamentalmente a los hidrocarburos. El gobierno de Sánchez de Lozada (lo mismo que el de Víctor Paz Estenssoro, Jaime Paz Zamora y Hugo Banzer Suárez) se colocó en la defensa de los intereses de las clases altas y el Oriente, además

amparó un modelo de gestión neoliberal de los beneficios de los hidrocarburos, y el embate le vino de Occidente y las clases bajas, profundamente críticas a dicho modelo de apropiación. Luego, el gobierno de Carlos Mesa se instaló en un centro político y sociológico, en una actitud de moderantismo respecto al modelo de gestión de los hidrocarburos, y el embate le llegó tanto de arriba como de abajo y de Oriente tanto como de Occidente. Le amortaron las dos mejillas por indefinición. El gobierno de Evo Morales se situó en la defensa de los intereses de las clases bajas y (fundamentalmente) de Occidente, y nacionalizó el grueso de los beneficios en favor del Estado y en desmedro de las multinacionales petroleras, lógico entonces que los embates provinieran de Oriente, arriba y de las petroleras.¹³ Es decir, se conformó una *coalición de intereses afectados* y construyó su oposición política —de forma natural se le sumaron los políticos y partidos desplazados del poder—. Es cierto el dicho: la política hace extraños compañeros de alcoba. No podía ser de otra manera, así como las medidas de Paz Estenssoro generaron resistencia, oposición y conflicto con los mineros, y la política “Coca cero” de Banzer, de los cocaleños. No existe *política aplicada* sin costos, sólo se espera que los beneficios minimicen las pérdidas y finalmente conforme a los afectados.

¿Qué tenemos? *Intereses y visiones favorecidos, grupos aliados; intereses y visiones afectados, grupos oposi-*

sitores. En la medida en que las acciones del gobierno se vayan ejecutando, la base social de la oposición irá conformándose. El objetivo estratégico de todo gobierno: la que deba ser, pero *no más de esa*. Sería un error político hacerse de una *oposición evitable*, innecesaria y amplia. Esto requiere de tacto político; sin embargo, el gobierno ha tenido aciertos estratégicos (nacionalización de los hidrocarburos y Asamblea Constituyente) y errores tácticos: oponerse a las autonomías, embate contra la Iglesia Católica y los prefectos, alejar a la clase media con discursos indianistas que, llegado el momento, puede tener una seria incidencia electoral.

¿Qué significa tener una oposición y qué una contrarrevolución? ¿Cuáles son las condiciones de una y otra? Para discernir si tendremos oposición o contrarrevolución, *dependerá si la revolución masista se desentiende o se aviene a la democracia, y si la oposición no radicaliza la revolución masista al convertirse en sistemática, obstrucionista y desleal*. Para empezar y por el momento, tenemos oposición competitiva. ¿Por qué? La democracia boliviana, como otras en el mundo, permite el pluralismo político y la alternancia en el gobierno.

Ahora bien, el gobierno puede tener una oposición o estimular una contrarrevolución. La diferencia no es nimia. La contrarrevolución surge cuando se sofoca a la oposición, se anula sus condiciones de expresión y se considera una elección como la última.

Ya que si a partir de una elección son suprimidas las elecciones, es decir, si la competencia cesa con la victoria de un

determinado grupo, y cada uno piensa que las reglas de juego ya no son respetadas, entonces no tiene sentido ser pacíficos. (Aron, 1999, p. 45.)

Llega en consecuencia la hora de la contrarrevolución: la restauración violenta del *ancien régime*. La guerra sin cuartel para detener el proceso de cambio y hacer posible el retorno al *statu quo ante*. En este punto cabe recordar las palabras del esclarecido Linz:

Por cada revolución que tiene éxito ha habido más contrarrevoluciones victoriosas que han supuesto no sólo el mantenimiento del *statu quo*, sino frecuentemente una pérdida de lo que se había ido ganando y unos costes tremendos para los que estaban a favor de aquellos cambios radicales. (1995, p. 31.)

Por el momento, dependiendo de los *alcances* del cambio que decida implementar el gobierno (más profundos y extensos, más gente comprometida y resentida), los errores cometidos (capitalizados por la oposición, en una lógica donde lo que resta el uno por incapaz puede sumar el otro si es capaz), el debido acompañamiento de la mayoría lograda (lo importante no es lo que el mas quiere hacer, sino lo que la mayoría quiere que el MAS haga, para evitar el *embudo adverso*, donde a las ilusiones le sucedan la inseguridad, el desaliento, la frustración y, finalmente, el odio al nuevo régimen),¹⁴ mantener en línea de flotación los enemigos mientras se suma nuevos amigos (de forma tal que los egresos compensen los ingresos), producirá la *coalición de intereses afectados*. El tamaño y la musculatura de la oposición. También de sus posibilidades de éxito.

8. DEMOCRACIA AMPLIADA

La democracia en Bolivia vive desde el año 2000 un *tsunami* de conflictos de diverso orden y calado que golpea con acritud contra su estabilidad, inclusive hoy metaboliza una revolución en curso. Todos recordamos cortas pero intensas estadías en los umbrales del infierno: abril y septiembre de 2000, febrero y octubre de 2003, mayo-junio de 2005 y enero de 2007. Somos un pueblo que vive en vela, pues arrecian los espectros de la violencia resolutiva en la mesa de noche de diversos actores sociales y políticos.

Esta es la paradoja de la conflictividad: parece destruir la sociedad, pero puede renovarla, siempre y cuando, vistos los problemas se encaren las debidas soluciones. Lo dijo Hölderlin: “Donde crece el peligro, crece también lo que salva.” Es posible que nuestra tierra, plagada de desigualdad, racismo, discriminación, egoísmo, exclusión y pobreza, se presente como una tierra abonada para la confrontación fratricida. La tendríamos con las manos sangrientas si continuáramos instalados en una sociedad estacionaria: no cambiamos nada para mejorárla y preservamos todo lo malo para hacerla estallar. Una bomba de tiempo. Felizmente somos una sociedad en movimiento. En Bolivia vivimos la transición de un territorio a otro muy distinto. De un paisaje a otro diferente. De ahí que a veces no veamos con claridad el confín y demos pasos en falso, inclusive nos extraviemos

en el trayecto. Se hace camino al andar, como escribió el poeta Machado. Agregamos con Whitman: “Ni yo ni ningún otro puede recorrer ese camino en tu lugar; / tú eres el que tiene que recorrerlo por ti mismo...” Y lo estamos haciendo.

¿De dónde venimos y hacia dónde vamos? Estamos saliendo de una democracia restringida para avanzar a saltos y sobresaltos hacia una democracia ampliada. Es decir: indígenas y regiones cambiarán la fisonomía de Bolivia. Nuevo país para una nueva irrupción de actores. Pasar de una democracia restringida a una ampliada debería significar pasar de un sistema de partidos oligarquizado a uno democratizado (sintonizado con la fuerza de los de abajo), de un poder cupular a un poder público (atento con el sentir y disentir de la opinión pública), de una cultura del vasallaje a una cultura de la participación (implantación del ciudadano activo), de un Estado centralizado a uno descentralizado (mayor autonomía de las regiones) y, fundamentalmente, de una sociedad excluyente a otra inclusiva (los indígenas no sólo estarán más integrados, sino serán actores centrales en la dinámica estatal).

Está claro que se revitaliza el rol del ciudadano: habla con mayor claridad, se moviliza con mayor decisión, mira con mayor penetración, sólo le falta cultivar la delicada vocación de escuchar a los otros. No pensar que se trata de un emperador en una isla, sino una persona entre otras, que necesita, para reconciliarse y fraternizar, escuchar la voz profunda de una democracia que muda

de espíritu, pero que ya sentimos que trajina en las calles y se instala en nuestros corazones. Se trata de un nuevo horizonte en lo alto de la colina.

La democracia ampliada tiene los brazos largos y abiertos para cobijar a todos sus hijos, preservando sus identidades pero mejorando la calidad de la morada que deberá abrigarlos y no dejarlos en la intemperie. “Un mundo en el que quepan todos los mundos.” Lo dijo el argentino Raúl Zibechi y lleva razón. Porque se puede gestionar tácticamente el conflicto, pero, si no se gestiona estratégicamente el cambio social, el conflicto desbordará análisis, previsiones y buenas intenciones. Lo nuevo deberá reemplazar en un proceso sostenido a lo viejo.

La democracia permite (no reprime) que la población exprese su descontento, de esta forma los partidos políticos están obligados a escuchar si no quieren verse rebasados por esa voz ruidosa. Y donde hay unos que hablan y otros que escuchan, y si quienes hablan son actores sociales y quienes escuchan son el Parlamento y el gobierno, las protestas pueden traducirse en respuestas. En soluciones que son la reserva de oxígeno necesaria para la existencia de toda sociedad. Y si la democracia, cuando emergen las críticas y protestas, en principio parece debilitarse, tener mala salud; cuando los oídos se afinan, las soluciones llegan y se da paso a los cambios, muestra una fortaleza de hierro. Al modificar el mapa de la realidad, la democracia se extiende en el tiempo. No se trata de una ecuación estacional: más avanzan los

cambios, más retrocederán los conflictos. Entonces se abre paso el mañana, pues a través del cambio impide que el pasado se convierta en futuro.

No es posible lograr cambios en paz, si la democracia no se moldea como un sistema abierto al conflicto y a los movimientos sociales, es decir, institucionalizando un nuevo juego de fuerzas sociales, que incorpora un renovado juego de aspiraciones que, a su vez, abre un inédito juego de cambios. Transacción permanente: el contrato social no está escrito en cemento, sino en una pizarra sobre las que siempre es posible escribir y reescribir. Es una casa en constante remodelación y construcción, donde los planos los determinan sus habitantes y nadie más: ni tecnócratas, ni sabios, ni jefes partidarios. No hay una imagen única y definitiva, todo es un hacer, deshacer y rehacer. La democracia de los humanos es el producto de la dinámica sociopolítica, no sólo el respeto de las reglas del juego electoral ni la obediencia ciega a las ideas de los padres fundadores. Esto significa que la democracia siempre busca su espíritu y mejor inspiración, y no tiene un piloto automático que ejecuta un plan de vuelo de una vez y para siempre. No es así. La democracia constantemente lanza los dados de su futuro; no por capricho, sino porque nuevas fuerzas sociales lo demandan, y se atiende a los consecuencias, pues procura conjurar la guerra y más bien prolongar la concordia, quiere exorcizar las desigualdades y más bien generalizar el bienestar.

Por supuesto, es mejor que los conflictos sociales se transformen en “antinomias racionales” (oposición y oficialismo enraizadas en una relación dialógica, visionaria y sensata), y mucho mejor que, como las sociedades “maduras”, no requieran de los azotes movilizados de la sociedad para dar paso a cambios ordenados, pues previamente fueron visualizados, gestionados y concertados. No dejaron que la sangre llegue al río, pues lúcidamente tienen presente que, cuando Mahoma no va a la montaña, la montaña va hacia Mahoma, o sea, gobierno que no encara oportunamente sus problemas, los problemas se movilizarán y apuntarán inevitablemente hacia el gobierno.

Es evidente que los radicales y conservadores boicotean el desarrollo extendido y generoso de esta democracia de brazos abiertos, pero no podrán contra ella, porque se trata de una fuerza ascendente y no así de una ola arrogante que busca aplastar y vencer, más bien insiste en incluir y abrir. Pero ya se sabe, no hay más democracia sin lucha, sin resistencia... no se construye la democracia ampliada en un cielo abierto y despejado, sino, siempre y permanentemente, contra nubes cargadas y sombrías, relampagueantes por momentos y por otros, el cielo mismo amenaza con desplomarse.

Necesitamos que esta revolución *en* democracia se transforme en una revolución *de* la democracia. La primera figura nos plantea una ambigüedad dramática:

la pulsión revolucionaria se impone sobre la democracia y la convierte en una caricatura, o la democracia representativa se impone sobre la revolución y la desnaturaliza: la aburguesa. Eso nos llevaría a que la revolución inconclusa del 52 quede, pero esta vez de manera crónica, nuevamente inconclusa. La segunda figura nos plantea profundizar la democracia política, pero, fundamentalmente, promover y alcanzar una democracia social, que responda con los brazos abiertos frente a la exclusión de los indígenas y las regiones; sobre todo después de este ciclo de conflictividad, donde ambos se han repositionado y van camino de construir una nueva identidad estatal y nacional.

El error proviene siempre de una exclusión, dice Pascal. Si únicamente los sectores desfavorecidos o los autonomistas pescan en el mar bravío de la coyuntura, uno en desmedro del otro, habremos reconstituido el malestar. El agravio y el conflicto. Podremos prepararnos entonces para lo peor. La jugada es doble y se vislumbra que debe ser maestra. Para realizarla con éxito debemos evitar que unos y otros sólo se vean a sí mismos, para no caer presos de una ceguera negadora y definitiva. Y sacarles la venda que los aísla en la convicción de que la suya es la luz y la ajena la sombra, porque así entregarán noche y más noche. Y Bolivia requiere de luz. Es más: de dar a luz.

NOTAS

1. Para el coeficiente Gini, el 0 representa la igualdad perfecta de la distribución y el 1 la desigualdad absoluta. Puede considerarse un coeficiente Gini de 0,25-0,35 como una distribución “razonable”, y un coeficiente Gini de 0,55 representa una desigualdad extrema. “Bolivia se destaca como un país sumamente desigual” (BM, 2004-2005).
2. Migración: el 25% de los bolivianos emigró desde su lugar de origen, o sea, 1 de cada cuatro bolivianos. La presión demográfica va del Océano Atlántico hacia el Oriente casi en una situación de éxodo. El porcentaje de población que vive en zonas rurales ha pasado de casi un 75% a menos del 40% (BM, 2004-2005).
3. En términos absolutos, el país contó con 130 mil pobres por año durante el periodo 2000-2003 y a partir de 2003 crecieron a 170 mil por año (PNUD, 2005).
4. Roberto Laserna escribió que “el aumento de las reservas de gas generó tales expectativas sobre la existencia de una nueva fuente de riqueza, que contribuyó a la intensificación de los conflictos” (2006, p. 20 ss.).
5. Precisamente después de los sucesos de octubre de 2003 que el apoyo al sistema, de un 47,2% registrado en 2002, desciende a un 44,1% en 2004 y remontó a un 51,5% en el gobierno de Evo Morales (Seligson *et. al.*, 2006, p. 132).
6. Durante la crisis prolongada de 2000-2005 tuvimos, entonces: a) acentamiento de la pobreza, b) persistencia de la marginalidad indígena, c) bajos niveles de generación de empleo de los sectores modernos, y d) la oportunidad de una fuente de riqueza asentada en los hidrocarburos, e) ligada a la desconfianza en los partidos tradicionales como administradores estatales y f) a las bajas tasas impositivas establecidas sobre todo por el gobierno de Sánchez de Lozada a las petroleras. Todo en una democracia donde la ciudadanía pidió mayor democratización social; entonces llegó un momento donde *tanta* conciencia se cansó de *tanta* inequidad e iniquidad, politizó *todas* las calles y cambió su apuesta electoral.
7. Rafael Archondo lo denominó atinadamente como “un panorama bipartidista [UN resulta marginal con un 7,8%], pero con un partido predominante [MAS]” (2006, p. 6).

8. Jorge Lazarte en “El nudo gordiano del gobierno de Evo Morales” escribió que “el resultado de las elecciones de diciembre ha provocado una *ruptura profunda en la geología política* del país. Sociológicamente, es el cambio más importante en las élites gobernantes desde la fundación de la República en 1825” (2007, p. 1 [subrayado propio]).
9. La situación orgánica del MAS es definitivamente distinta a la que mostraron los partidos tradicionales, trocados en los últimos años (la elección de Sánchez de Lozada en 2002 resulta paradigmática) en *taxi-partidos*: “medio de transporte para llevar a grupos de personas hacia posiciones de poder” (Dahrendorf, 2003, p. 109) y que centraba el debate electoral en una contienda de equipos de expertos en mercadeo electoral (Crouch, 2004, s.), siguiendo la consigna de “consigue cuantos votos puedas, como puedas” (Sartori, 1988, p. 180).
10. El MAS y Evo Morales lograron, con su triunfo masivo y sus políticas y discurso indígena y popular, fortalecer el vínculo de muchos ciudadanos, principalmente de quienes se identifican como indígenas, con la nación. El año 2000 su apoyo al sistema bordeaba un 39,6%; el 2006 está por encima del 51%. El promedio general de confianza en todas las instituciones subió de un 41,8% en 2004 a un 52,2% en 2006 (Seligson *et. al.*, 2006, p. 28, 29 y 52).
11. “Como sugirió Clastres, el Estado moderno sólo es a fin de cuentas el lugar en que la sociedad civil adquiere conciencia de sí misma, el espacio donde dicha sociedad *se representa* sus proyectos de autotransformación” (Ferry, 1999, p. 546).
12. Sorela Paz Patiño destacó, en su ensayo “Reflexiones sobre la interculturalidad y el conflicto”, algunos indicadores de cambio y transformación, una vez que estas movilizaciones [indígenas] articulan objetivos políticos y se materializan en las esferas institucionales de la sociedad boliviana: la primera diputada de pollera en el Parlamento, Remedios Loza (1989), ratificación del convenio 169 de la OIT (1991), primer vicepresidente indígena, Víctor Hugo Cárdenas (1993), aprobación de la Ley de la Reforma Educativa con un enfoque intercultural bilingüe (1994), un contingente importante de concejales y alcaldes indígenas a partir de la Ley de Participación Popular (1995), presencia vigorosa de indígenas en el Parlamento (2002). Esto en un marco por lo menos regional de la década del 90 de insurgencia indígena: zapatismo en México, levantamientos

- indígenas en Ecuador y presencia de parlamentarios indígenas en Colombia, inclusive en Chile se desarrollaron movimientos indígenas de Mapuches y Aimaras (en Vacaflores, 2005, p. 61-74).
13. El Informe Nacional de Desarrollo Humano 2004, encontró de manera anticipada, aunque proyectada como una eventualidad recién en el año 2025 (se presentó exactamente 20 años antes), que la mayor aceptación a tener un presidente indígena está en el altiplano urbano (52%) y la menor, en los llanos urbanos (21%), y es mayor entre los pobres (52%) y mucho menor en los grupos altos y medios (22%). Lo sucedido después de diciembre de 2005 reforzó los datos: la discriminación de los sectores medios y altos se reforzó como rechazo a la conducción indígena del Estado (PNUD, 2004, p. 114 y 115).
 14. “El antiguo régimen se ha venido por tierra porque no estaba en condiciones de expresar adecuadamente la sociedad de su tiempo; el nuevo régimen se vendrá abajo si no está en condiciones de expresar suficientemente las aspiraciones, ahora *diversas*, de la sociedad que se ha transformado con el desarrollo mismo de la revolución. En suma, en último término, tiende a prevalecer el interés general de la sociedad: el interés del poder difuso, no el interés ideológicamente interpretado por los dirigentes políticos” (Melotti, 1980, p. 214-5).